

CÓMO RAIMUNDO SALVÓ EL DÍA

Por Alicia Starr

"¡GUAU! ¡Guau!", ladraba el cachorrito de la casa de al lado. Raimundo corría por el patio cubierto de césped con el cachorrito de aguas, blanco y negro que rodaba e iba a los tumbos, pisándole los talones. Hacía dos años que Raimundo le había rogado a sus padres que le consiguieran un cachorro, pero ellos le habían dicho:

-No. Tú eres muy chico todavía para saber cómo cuidar de un cachorro.

Pero ahora, a Raimundo le parecía que las cosas habían cambiado. Tenía casi cinco años. Todavía quería un cachorro, y tenía la esperanza de conseguir uno en el día de su cumpleaños. Se divertía mucho jugando con el cachorro del vecino, pero quería tener uno que fuera suyo.



El cumpleaños de Raimundo resultó en una fiesta familiar en su casa. Ese día acudieron a visitarlo a él y a sus padres, tías, tíos y primos. Raimundo se divirtió mucho jugando con sus primos toda clase de juegos. Pero no dejaba de pensar en los regalos de cumpleaños. ¡Pero no vio ni un solo regalo! Cuando todos los parientes se fueron, casi estalló en lágrimas. ¿Por qué lo habían olvidado todos? Pero en eso la madre dijo:

-Veamos lo que hay en el frasco de cumpleaños.

-¡Frasco de cumpleaños! -exclamó sorprendido Raimundo-. ¡Yo no sabía que había uno!

-Sí, allí está -dijo sonriente la madre mientras volcaba su contenido sobre la mesa de la cocina-. Todas las tías y los tíos y los primos dieron monedas y hasta pesos.

Ahora podrás comprar ese camión grande que tanto querías -explicó la madre contando el dinero-. Aquí tenemos cinco pesos con cincuenta centavos -informó.

-Pero ahora no quiero un camión -dijo Raimundo-. Quiero un cachorrito, un cachorrito blanco y negro.

-Vamos a pensarlo un poco. No queremos actuar con apresuramiento. Jesús quiere que gastemos nuestro dinero en una forma sabia -explicó la mamá.

-En primer lugar tengo que devolver el diezmo, porque Jesús quiere que lo haga -dijo Raimundo.

-Si -respondió la mamá-. El diezmo será 55 centavos.

Durante todo ese día Raimundo pensó en el cachorrito que él tanto quería. No podía olvidarse del cachorrito de la casa de al lado. Sonrió al recordar cómo ese cachorrito corría detrás de la pelota y se revolcaba con él en el césped. Entonces un día a la hora del almuerzo la mamá le dijo al papá:

-Feliz día del padre, querido. Es todo lo que puedo ofrecerte. Te preparé una torta especial de cerezas y nueces, que es tu favorita.

-Gracias, querida -replicó el papá-. ¿Pero sabes algo? Yo también estoy en bancarrota. Temo que no tenga suficiente gasolina en el auto para ir hasta la casa de los Martínez y dar el estudio bíblico que tenemos arreglado para esta noche.

Raimundo abrió tamaños ojos. ¿Qué podía dar de él al papá en el día del padre? Raimundo pensó y pensó. "Gasta tu dinero en una forma sabia", había dicho la mamá. Finalmente se le ocurrió una idea. Antes de mucho la mamá y Raimundo estaban muy ocupados en el dormitorio. Raimundo empezó a colorear su libro de dibujos mientras el papá dormía la siesta en el diván. Coloreó allí un perro con los

colores blanco y negro y le puso la lengua roja; luego coloreó un gatito que jugaba con una pelota verde en un porche azul. Pero cuando oyó que el papá se levantaba, dejó sus colores, tomó una cajita y corrió hacia la sala.

-Aquí, papá -dijo Raimundo, entregándole a aquél la cajita-. ¡Feliz día del padre!

-Esta es una cajita pequeña -rió el papá, dando vueltas y vueltas a la caja.

La tarjeta decía: "Feliz día del padre, papá. Con amor, tu hijo, Raimundo".

-¡Jui! -respondió el papá-. Es demasiado bueno para guardarlo.

Y sacó entonces la cinta con que estaba atada y el papel blanco con que venía envuelta la cajita.

-¡Hijo, éste es tu regalo de cumpleaños! ¿Me lo estás dando todo?

-Bueno -respondió Raimundo-, Jesús dice que hagamos por otros lo que quisiéramos que los demás hicieran por nosotros; y además quiero usar sabiamente mi dinero.

-Gracias, hijo -le dijo el papá-. Lo que tú has dicho vale oro.

Y poniendo su brazo alrededor de Raimundo le dio un abrazo.

En ese momento alguien llamó a la puerta. La mamá y Raimundo acudieron a atender el llamado.

-¡Sorpresa! ¡Sorpresa! -dijeron los García que estaban allí en la puerta.

Raimundo miró para ver lo que el señor García tenía en los brazos.

-¡Guau! ¡Guau! -ladró un inquieto cachorro moviendo la colita mientras el Sr. García se lo pasaba a Raimundo.

-Es para ti, Raimundo -dijo la Sra. García-. Tú eres un muchachito bondadoso y muy considerado. Estamos seguros de que cuidarás bien de este cachorro, y por eso te lo damos. Nos importa más que tenga un buen hogar que recibir dinero.

-¡Oh, gracias! ¡Gracias! Fue todo lo que Raimundo pudo decir.

-¡Guau! ¡Guau! -ladró de nuevo el cachorro.

Y esa noche en su oración Raimundo no se olvidó de darle a Jesús las gracias por el regalo que le había enviado.